

---

# La crianza

---

Somos el reflejo de lo que nos enseñan en casa. En la cotidianidad de la crianza, es fácil olvidar que el cerebro infantil no funciona como el de un adulto. Como padres, a menudo hablamos con nuestros hijos esperando que comprendan y procesen la información de la misma manera que lo hacemos nosotros. Sin embargo, esta suposición es equivocada y puede causar frustración tanto en adultos como en niños. La clave para entender esta desconexión radica en una simple pero poderosa distinción: la diferencia entre el pensamiento concreto y el pensamiento abstracto.

Desde la neurociencia y la educación, se reconoce que los niños, especialmente en sus primeros años, piensan en términos concretos. Es decir, su comprensión del mundo está profundamente arraigada en lo que pueden ver, tocar y experimentar directamente. Por ejemplo, un niño pequeño entenderá fácilmente lo que significa tener dos galletas porque puede verlas y contarlas. Pero pedirle que comprenda la importancia de las matemáticas para su vida futura, es un concepto que, aunque lógico para un adulto, se escapa de su capacidad de pensamiento en esta etapa de desarrollo.

La importancia de esta adaptación no puede subestimarse. Al hablar con los niños en términos concretos, no solo facilitamos su comprensión, sino que también fomentamos un entorno en el que se sienten seguros y comprendidos.

Además, este enfoque tiene profundas implicaciones para la educación y la crianza. Debemos ser conscientes de que los niños aprenden mejor a través de la experiencia directa y la interacción con su entorno. Las actividades prácticas y las experiencias concretas no son solo formas efectivas de enseñarles; son esenciales para su desarrollo cognitivo.

La clave para un aprendizaje efectivo y una crianza exitosa, está en reconocer y abrazar esta diferencia. Al hablar el lenguaje del pensamiento concreto, no solo estamos enseñando mejor, sino que estamos creando un vínculo más fuerte con nuestros hijos, un vínculo basado en la comprensión, el respeto y la paciencia. Con este enfoque, preparamos a nuestros niños no solo para enfrentar el mundo que vendrá, sino para comprenderlo desde sus cimientos más sólidos.